

PRIMERA PARTE
EL DRAGÓN DE LA REINA

CAPÍTULO PRIMERO

LOS DOS VIAJEROS

Las ideas revolucionarias que la Francia lanzó á la Europa en 1789, no debían tardar en atravesar los mares y extenderse por toda la América española, si es que el ejemplo de libertad anteriormente dado por los Estados Unidos, no hubiese hecho soñar á las colonias de España, la proclamación, á su vez, de la independencia de la metrópoli.

En efecto, la América del sur á principios de este siglo, sacudió el yugo de la corte de Madrid, que ya no poseía en el nuevo mundo, al menos sin combates, sino el Centro de América y México.

Para prevenir toda tentativa de sublevación, el virrey de Nueva España, don José Iturrigaray, sabiamente creyó necesario otorgar á México muchas y grandes concesiones políticas y hacer un llamamiento á los criollos mexicanos al goce de los derechos que hasta entonces se les habían negado. Desgraciadamente los peninsulares establecidos

en el país consideraron estas concesiones como la ruina de sus antiguos privilegios, se sublevaron contra el virrey, se apoderaron de su persona y le enviaron á España para que diese cuenta de su conducta. Todas las franquicias por él concedidas se abrogaron y México quedó otra vez sumergido en el antiguo orden de cosas.

Se verificaban estos acontecimientos en 1808; y aunque uno ú otro día debía esperarse ver á la colonia tratando de reconquistar los derechos que se le habían arrebatado, dos años de aparente quietud habían tranquilizado los espíritus tan completamente, que la conspiración de Hidalgo y el levantamiento que promovió en 1810, causaron profunda estupefacción.

España había dominado á México durante trescientos años principalmente por medio de los clérigos; habrían de ser los clérigos también quienes por justa reciprocidad de las cosas de aquí abajo, debían libertar á México del yugo de España. A principios del siguiente mes de octubre el cura Hidalgo contaba ya con más de cien mil combatientes, es verdad que mal armados; pero su número no dejaba de hacerlos temibles. Esta masa de insurgentes que se derramó por todas partes como un torrente amenazando crecer más, llevó la consternación á México, asiento del gobierno colonial, y llevaba alguna confusión en las ideas de los mismos criollos. Todos los hijos de españoles, unos en consideración á los lazos de la sangre creíanse obligados á combatir la insurrección; los otros, no pensando sino en la libertad del país que les había visto nacer, creían de su deber tomar partido por los insurgentes. Por lo demás, esta divergencia de opiniones no se encontraba sino entre las familias criollas ricas ó poderosas; el pueblo, blanco, mestizo ó indio, no vaciló en afiliarse al lado de Hidalgo.

Los indios sobre todo, más esclavizados que los criollos, esperaban que una nueva era se abriría para ellos; y había algunos que ya soñaban con la vuelta de su antiguo esplendor.

Tal era el estado político y moral de la Nueva España

en la época en que principia este relato, es decir, á los comienzos del mes de octubre de 1810.

Una mañana, á esa hora en que, bajo los trópicos el calor del día sucede bruscamente á la frescura de la noche, como á las nueve, un jinete seguía solitario, no el camino pues no los hay distintamente trazados, sino los llanos sin fin que conducen de los límites del Estado de Vera-Cruz al de Oajaca. Para atravesar un país en guerra civil y en el cual, aparte de los merodeadores de profesión siempre listos para despojar á los viajeros sin excepción de partido, se está continuamente expuesto á encontrar un enemigo, el viajero en cuestión iba muy pobremente armado y más pobremente montado.

Un sable curvo en una vaina de hierro tan mohosa cual si por largo tiempo hubiese permanecido en el fondo de un río, pendía entre la pierna y el arzón de la silla para evitar así las mortificaciones que el peso de semejante arma haría sufrir al caballero. Este sable era el único medio de defensa de que éste parecía poder disponer, en el supuesto, desde luego, de que el moho no hubiese clavado la hoja á la vaina.

El caballo en el cual caminaba penosamente al paso, no obstante los espolazos que no economizaba, había pertenecido sin duda á algún picador de toros, á juzgar por las numerosas cicatrices que le surcaban el pecho y los ijares. Era por lo menos, una bestia de desecho, flaca y reacia; y seguramente, quien la hubiese comprado por cinco pesos, habría pagado el doble de su valor.

Llevaba el caballero un vestido de tela blanquizca, calzoneras de pana aceitunada y zapatos de piel de cabra, imitación del cuero de Córdoba. Era pequeño, delicado y débil, pareciendo tener veintidós años á lo más; su sombrero de hoja de palma daba sombra con sus anchas alas á un rostro de dulce y simpática expresión y de excesiva candidez, si dos ojos vivos y espirituales brillando dentro de órbitas hundidas, no realzaban la expresión. Era evidente que esta natural bondad, nacía de la manse-

dumbre del carácter y no de falta de inteligencia. Una boca fina, á veces sarcástica y en perfecto acuerdo con la vivacidad de la mirada, indicaba que el joven viajero podía, si era necesario, hacer una réplica cáustica al servicio de una gran finura de observación.

Por el momento, la expresión dominante de su fisonomía era la de una completa contrariedad mezclada con gran dosis de inquietud.

El paisaje ayudaba á justificar este recelo de parte de un viajero solitario como éste.

Llanos sin fin se extendían delante de él; un terreno calcáreo erizado de áloes y de cactus espinosos con los cuales se mezclaban algunas hierbas amarillas, daba el más triste y monótono de los aspectos. De trecho en trecho, ligeros torbellinos de un polvo blanquizco, se levantaban y se hundían alternativamente. Las chozas diseminadas en lontananza, vacías y abandonadas; el ardor del sol, la falta de agua y la soledad profunda de estas estepas polvorientas, infundían el desaliento y el temor en el alma del joven caballero.

Por más que fustigaba al caballo con impaciencia, el animal fatigado, no dejaba su paso sino para tomar durante uno ó dos minutos solamente, un trotecillo desagradable que parecía ser su más fogosa andadura. Los esfuerzos del caballero no daban otro resultado que cubrirle la frente de un sudor de aniquilamiento y de angustia que á cada instante le era forzoso enjugar con el pañuelo.

— ¡ Maldita bestia! — exclamaba á veces con furor. Pero el caballo era tan insensible á las injurias de su amo, como á las incesantes sollicitaciones de sus espuelas. Volviéndose sobre la silla, comparaba con tristeza el espacio recorrido con el que le faltaba aún atravesar para salir de las sabanas desoladas; y entonces se resignaba con una especie de desesperación, á la andadura pacífica de su caballería.

El joven caminó aún largo tiempo en esta situación alternativa de exasperación y desaliento, hasta el mo-

mento en que el sol, lanzando perpendicularmente sus rayos, anunció la hora del mediodía. Aumentaba el calor á medida que se elevaba el sol; y para colmo de desdichas, la brisa cesó de levantar el polvo. Los tallos secos de la hierba, se habían quedado en completa inmovilidad; y el caballo aniquilado, tenía trazas de quedarse tan inmóvil como aquéllos.

Devorado por la sed, abrumado de fatiga, el caballero echó pie á tierra; y dejando las riendas sobre el cuello del caballo, incapaz de traicionar su confianza escapándose, dirigióse hacia un montón de nopales con la esperanza de hallar algunas frutas que apaciguasen su sed. Quiso la casualidad que no se frustrasen sus esperanzas; y después de haber cogido y despojado de su espinosa corteza una docena de tunas cuya pulpa insípida pero jugosa refrescó su sedienta boca, el caballero montó de nuevo sobre su bestia para continuar la interrumpida marcha.

Eran ya cerca de las tres de la tarde cuando el viajero solitario distinguió al fin una aldeíta situada á alguna distancia de los interminables llanos que acababa de recorrer. Pero como en todas cuantas había encontrado desde hacía un día, las chozas estaban abandonadas y desiertas; sin poderse saber el motivo de esta general deserción, el viajero continuó su camino.

¡ Cosa rara! Lejos de todo río ó de toda corriente de agua, veía de tiempo en tiempo y con profundo asombro, canoas, piraguas sostenidas en la copa de los árboles ó suspendidas de sus ramas y nadie para explicarle tales extravagancias.

En fin, con gran contento suyo, el ruido de los cascotes de un caballo vino de repente á turbar el lúgubre silencio de aquellas soledades. La tierra endurecida resonaba detrás de él. Era señal de que otro viajero, invisible aún gracias á las revueltas de un camino que rodeaba dos taludes escarpados, iría bien pronto á juntarsele.

Al cabo de algunos momentos, en efecto, apareció un caballero que no tardó en colocarse á su lado en lo ancho

del camino, justamente de anchura suficiente para que dos caballos pudieran caminar de frente.

— ¡ *Santos días!* — dijo el recién llegado llevándose la mano al sombrero.

— ¡ *Santos días!* — respondió cortésmente el segundo levantando á su vez la suya.

El encuentro de dos viajeros en medio de una inmensa soledad, es siempre un acontecimiento; y éstos se miraron con mutua curiosidad.

Era el caballero un joven que parecía á lo más de veinticuatro ó veinticinco años; y esta conformidad de edades era la única que los viajeros tenían entre sí. La estatura del segundo, era elevada, robusta y llena de elegancia á la vez. Sus facciones regulares y vigorosamente acentuadas, el fuego de sus ojos negros, la movilidad de sus bigotes espesos y su color bronceado, indicaban violentas pasiones y el sello enérgico de la sangre árabe de donde han salido tantas familias españolas.

Montaba un caballo retinto cuyas formas esbeltas y nerviosas traicionaban el mismo origen oriental del jinete. Le manejaba éste con perfecta facilidad y parecía inmovible sobre su silla de cuya manzana pendía un mosquete; un espadón de dos filos y con vaina de cuero, pendía del gancho de su cinturón, de piel de tigre como los brodequines, armados de largas espuelas, que calzaban los pies bajo grandes calzoneras de terciopelo violeta.

Un vestido de género crudo, apropiado al calor del clima, y un sombrero de vicuña galoneado de oro, completaban el uniforme, medio militar y medio paisano.

— ¿ Tiene Ud. que hacer larga jornada en ese caballo? — preguntó echando una ojeada de soslayo sobre la escualida cabalgadura del viajero con quien acababa de juntarse, al mismo tiempo que refrenaba el ardor de la suya.

— ¡ No, á Dios gracias! — respondió éste; pues, si no me equivoco, debo estar á menos de seis leguas de la hacienda de San Salvador, que es el término de mi viaje.

— ¿ No está vecina á la de las Palmas?

— Á lo sumo están á dos leguas.

— Entonces, llevamos el mismo camino, — respondió el recién llegado — sólo me temo que sigamos á alguna distancia entre uno y otro, porque su caballo no parece apresurado por llegar, — añadió sonriendo.

— Es verdad — respondió el joven sonriendo también — y he maldecido durante el viaje más de una vez la economía con que mi padre juzgó conveniente proporcionarme un caballo escapado de los cuernos de los toros de la plaza de Valladolid, lo que hace que el pobre animal no pueda ver una vaca en el horizonte sin darse inmediatamente á la fuga.

— ¿ Y viene Ud. de Valladolid en esta infeliz bestia?

— En línea recta, caballero, pero en dos meses de camino.

En este momento el escualido caballo del joven caminante, animado por la presencia de un compañero, pareció picársele su honor; é hizo un esfuerzo que, secundado por la complacencia del caballero de los mostachos negros, le permitió colocarse á su nivel. Los dos viajeros tuvieron así ocasión de continuar su comenzada conversación.

— Á cortesía, cortesía y media — replicó el recién llegado. — Ud. ha tenido la bondad de decirme que viene de Valladolid; yo le diré á mi vez que vengo de México y que mi nombre es don Rafael Tres Villas, capitán de los Dragones de la Reina.

— Y el mío Cornelio Lantejas, estudiante de la Universidad de Valladolid.

— ¡ Muy bien, señor don Cornelio! ¿ Podría Ud. descifrarme un enigma que no he podido preguntar á nadie, pues desde hace dos días que no encuentro alma viviente en esta maldita tierra? ¿ Cómo explica Ud. esta soledad completa, estas aldeas sin habitantes y estas canoas suspendidas de las ramas de los árboles en un lugar en que pueden caminarsé diez leguas sin hallar una gota de agua?

— No me lo explico enteramente, señor don Rafael; y me contento con tener miedo horrible de esta singularidad inexplicable — respondió gravemente el estudiante.

— ¡Miedo! ¿Y de qué? — exclamó el dragón.

— Tengo la mala costumbre de mantenerme asustado por los males que no conozco, aún más, si es posible, que por aquellos que no ignoro. Temo que la insurrección se haya ganado también esta provincia, aunque me había asegurado de que estaba tranquila, y que los habitantes espantados, hayan abandonado sus viviendas para huir de alguna partida de insurgentes que merodea por los campos.

— Los pobres diablos no acostumbran á huir de los merodeadores — replicó el capitán — pues las gentes del campo no temen á los que siguen la bandera de la insurrección; y en todo caso, no es para navegar por estas llanuras arenosas para lo que se han colgado de las ramas de los árboles esas canoas y piraguas; así pues, debe ser otra la causa del pánico general que parece haber soplado un espíritu de vértigo en este país: confieso, en fin, que no la adivino.

Ambos viajeros continuaron en silencio por un instante, su camino, preocupados, uno y otro, del singular misterio que parecía envolverles y del cual ninguna explicación se ofrecía á su espíritu.

El dragón tomó primero la palabra:

— Ud. que viene de Valladolid, señor don Cornelio — le dijo — ¿puede darme alguna noticia más reciente que las que tengo, de los progresos y de la marcha de Hidalgo y de su ejército?

— Ninguna — replicó Lantejas. Ud. olvida que gracias á la lentitud de mi caballo, hace dos meses que estoy en camino. Á mi salida de Valladolid, no se pensaba más en la insurrección que en el diluvio; y no sé sino lo que he oído por el rumor público, tanto cuanto puede divulgarse sin temor á la santísima inquisición; ahora, si debemos de creer la pastoral de Mgr. el Obispo de

Oaxaca, la insurrección no debe encontrar muchos partidarios.

— ¿Y por qué? — dijo el dragón con cierta altivez que probaba que sin haber dado á conocer aún sus opiniones políticas, la causa de la emancipación del país, no debía contar con un enemigo en su persona.

— ¿Por qué? — replicó cándidamente el estudiante — porque Monseñor Bergosa y Jordán los excomulga y asegura que pronto cada insurgente será reconocible por los cuernos y por los pies hendidos que no dejarán de salirle.

Lejos de sonreír de la cándida credulidad del joven estudiante, el capitán sacudió la cabeza con aire de descontento, mientras que su mostacho negro se erizó de indignación.

— Sí, dijo como si hablara consigo mismo; así es cómo nuestros clérigos saben combatir: con la calumnia y la mentira y pervirtiendo los espíritus de los criollos por el fanatismo y la superstición. » En seguida añadió en alta voz: « Así pues, señor Lantejas, ¿temería Ud. engrosar las filas de los insurgentes por no cargar con esos ornamentos diabólicos?

— ¡Dios me libre! — exclamó el estudiante. ¿Acaso no es eso un artículo de fe? ¿Y quién, desde luego debe saber mejor estas cosas que un respetable obispo como Monseñor de Oaxaca? Por lo demás — se apresuró á agregar en vista del relámpago de cólera que brilló en la mirada de su compañero de viaje — yo soy de un carácter muy pacífico; y estoy próximo á recibir las santas órdenes; cualquiera que sea el partido que abrace, únicamente trataré de hacerle triunfar por la oración. La sangre causa horror á la Iglesia!

Mientras que el estudiante hablaba así, el oficial le lanzaba una mirada que parecía expresar poco sentimiento de no poder afiliarse al partido que se había ganado sus secretas simpatías á un campeón flaco y débil como ese joven.

— ¿Y es para presentar su tesis para lo que Ud. va á Oaxaca? — preguntó el dragón.

— No — respondió Lantejas. Si voy á la hacienda de San Salvador es por obedecer la voluntad paterna. Esta rica finca pertenece á uno de mis tíos, un hermano de mi padre, quien me envía hacia él para recordarle que es viudo, rico y sin hijos y que tiene media docena de sobrinos á quienes subvenir. ¿Qué hacer? Mi honrado padre tiene la debilidad de ser más apegado á los bienes de este mundo de lo que quizás convendría; y he debido resignarme á caminar doscientas leguas para sondear las disposiciones en que, con respecto á nosotros, se encuentre el tío en cuestión.

— ¿De modo que el valor de la hacienda, sin duda...?

— ¡Oh! Acerca de este punto, sabemos perfectamente á qué atenernos, bien que jamás hayamos ido allí ni los unos ni los otros — respondió el joven estudiante con una franqueza que hacía más honor á su corazón que á su discreción. Mientras tanto, jamás sobrino más hambriento se presentará ante un tío; pues gracias á esta deserción inexplicable de las aldeas que he atravesado y al cuidado que tomaron sus habitantes de llevarse hasta el más escuálido pollo, hay pocos chacales en estos alrededores más en ayunas que yo.

El dragón estaba en el mismo caso que el estudiante: como él desde hacía dos días no había podido alimentarse sino con las frutas salvajes de estos llanos desiertos, en tanto que su caballo al menos, pudo hartarse á voluntad de la hierba de los campos, de los tiernos retoños de maíz ó, en su falta, de las hojas de los árboles.

El recuerdo de su situación actual, alejó de repente hasta la última idea de disentiimiento político y la más completa armonía reinó entre los dos hambrientos viajeros.

Por su parte el dragón contó al estudiante que después de la prisión del virrey Iturrigaray, su padre, gentilhombre español, se había retirado á su dominio del Valle á donde iba él á juntársele y que este dominio le era aún desconocido. Menos expansivo aún que el estudiante de Valladolid, el capitán de los dragones de la

Reina no decía cuáles eran, en el fondo, los verdaderos motivos de su viaje, según se verá adelante.

Mientras tanto el ardor momentáneo del caballo de don Cornelio se calmaba paso á paso; y poco á poco también el estudiante ocupado en el incesante cuidado de manejar el látigo y la espuela, dejó languidecer la conversación gracias á la cual se engañan las largas horas del viaje. El sol comenzaba á declinar en el horizonte hacia el ocaso, y ya las sombras de los caballeros se alargaban sobre el camino polvoriento mientras que en lo alto de las palmeras, los cardenales de plumaje escarlata y las cotorras verdes principiaban á silbar sus canciones de la tarde.

La sed, cuyas angustias son más dolorosas aún que las del hambre, redoblaba el malestar de los dos viajeros; de tiempo en tiempo, el dragón echaba una mirada de impaciencia sobre el caballo del estudiante, y cada vez notaba que el pobre animal aniquilado por la falta de agua, aflojaba más y más el paso.

Allá en su interior pensaba don Cornelio que su compañero de viaje, resistía generosamente al deseo de alargar las riendas á su cabalgadura y de ganar en algunos momentos de galope, la hacienda, de la cual apenas tres leguas le separaban; y esta aprensión le hacía redoblar sus esfuerzos para mantener á su caballo de *picador* al nivel del bayo retinto del capitán de los dragones de la Reina.

Así continuó el viaje durante una media hora más ó menos, hasta el momento en que fué evidente para el estudiante, que su bestia se hacía de minuto en minuto menos capaz de echar el trote de camino más ordinario.

— Señor estudiante, dijo al fin el capitán; ¿ha leído Ud. tal vez, esas relaciones de naufragios en las cuales los infelices atormentados por el hambre, echan suertes entre ellos para decidir quiénes serán los que se coman á los otros?

— ¡Ay, sí! respondió Lantejas con cierto terror; pero

no pienso que hayamos llegado nosotros á tan espantosa situación.

— ¡Caramba! — replicó muy seriamente Tres Villas — me siento con una hambre capaz de devorar á un pariente cercano muy rico, sobre todo si le heredo, como Ud. al tío de la hacienda de San Salvador.

— Pero no estamos en el mar, señor capitán y en una canoa de la cual no se pueda salir.

El capitán había creído poder divertirse un poco á expensas del joven bastante crédulo para prestar fe á las amenazas fulminadas por el obispo Bergosa y Jordán en una pastoral que se había hecho ya célebre; pero estaba bien lejos de pensar que su cándido compañero de viaje, tomase tan seriamente una broma cuyo único fin era hacerle comprender la necesidad imperiosa de separarse el uno del otro en interés mismo del que se quedaba atrás. La intención del dragón era, en realidad, de tomar la delantera y de enviar al estudiante, desde la cercana hacienda, un caballo de remuda con agua y algunas provisiones.

Don Cornelio echó una mirada de angustia á su alrededor; y al aspecto de profunda soledad que le envolvía, así, como de la desproporción entre sus fuerzas y las del robusto capitán, exclamó sin poder disimular un temblor nervioso:

— Espero, señor capitán, que Ud. no habrá llegado á este grado de perversidad. En cuanto á mí, si yo me hallase en su lugar, montado en un caballo del vigor del suyo, lo espolearía hasta la hacienda de las Palmas ó de San Salvador, sin detenerme; y desde allí enviaría socorros al compañero de camino que hubiera dejado detrás de mí.

— ¿Es esa su opinión?

— No sabría tener otra.

— Bien pues — dijo el dragón — voy á seguir su consejo, porque, á decir verdad, sentía algún escrúpulo, de dejarlo tan pronto sin mi compañía.

Don Rafael tendió la mano al estudiante.

— Señor Lantejas, continuó — no dejemos de ser amigos; ojalá que jamás nos encontremos como enemigos! ¿Quién puede prever el porvenir? Ud. parece dispuesto á ver con malos ojos las tentativas de emancipación de un pueblo esclavizado desde hace trescientos años; y yo quizás le ofreceré mi brazo y si es necesario mi vida para ayudarle á conquistar su libertad. Adiós; no me olvidaré de enviarle los socorros.

Y diciendo estas palabras, el oficial estrechó vigorosamente la débil mano del estudiante de Teología, aflojó la rienda á su caballo y sin tener necesidad de hacerle sentir la espuela, no tardó en desaparecer entre una nube de polvo.

— ¡Vive Dios! — se dijo Lantejas exhalando un suspiro de alivio — este hambriento Lestrigón hubiera sido capaz de devorarme. En cuanto á hallarme alguna vez en un campo de batalla en frente de este Goliat ó de cualquiera otro, desafío al diablo y á sus cuernos á que haga de mí un soldado para ó contra la insurrección.

Y el estudiante continuó solo su camino, relativamente contento de hallarse solitario después del peligro que se imaginaba haber corrido, sin pensar que, á menos de tener una firmeza de alma á toda prueba, jamás sabe el hombre la víspera, lo que se verá obligado á hacer al siguiente día.

Nubes rojas teñían ya el horizonte hacia el poniente, cuando el viajero distinguió, á larga distancia, á un indio; y con la esperanza de obtener de él algunas provisiones, ó al menos noticias acerca de las particularidades que no había podido explicarse hasta entonces, trató de hacer caminar más de prisa á su caballo.

El Indio arriaba dos hermosas vacas lecheras cuyas tetas hinchadas pudo distinguir el estudiante; y este espectáculo no hizo sino acrecentar su deseo de alcanzarle.

— ¡Hola José! — gritó don Cornelio con todas sus fuerzas.

A este nombre de José, que es al que un Indio res-

ponde siempre como un irlandés al de *Paddy*, el Indio volvió la cabeza asustado.

Desgraciadamente (y era fácil prever el caso, después de lo que se ha dicho antes) apenas hubo el caballo advertido á las dos vacas, cuando con un vigor de que no parecía capaz, se puso á trotar con el más desagradable de sus trotes en una dirección enteramente contraria á aquella en que se le conducía.

Don Cornelio no cesó menos en sus esfuerzos para lograr que el Indio se detuviera. Pero á la vista de un caballero que le llamaba, alejándose con rapidez, el Indio contestó con un aullido de espanto y huyó á la carrera acompañado de sus dos vacas que tomaron el galope.

— ¿Qué vértigo se ha apoderado de esta gente? se dijo al encontrarse otra vez en completa soledad, más hambriento y más inquieto que nunca; y siguió pacíficamente su marcha.

Al fin, á la caída de la tarde, llegó hasta un grupo de dos ó tres cabañas desiertas como todas las que hasta entonces había encontrado. Aniquilado de cansancio, lo mismo que su caballo, el viajero decidió hacer alto en ese lugar para esperar los socorros que el oficial le prometiera.

Una ancha hamaca de hilos de maguey suspendida entre dos tamarindos á siete ú ocho pies del suelo, parecía expresamente para él. Como el calor era aún sofocante, en vez de encerrarse en una de las chozas, Lantejas desensilló su caballo para que pudiera pacer libremente; y luego haciendo escala del tronco de uno de los árboles, saltó sobre la hamaca donde se acomodó lo mejor que pudo.

En esto se hizo de noche; y el estudiante, con el estómago sublevado por el hambre, prestaba atentamente la oreja á los ruidos que podían anunciarle la aproximación de los socorros que esperaba.

El silencio se hizo profundo: la naturaleza dormía á su alrededor; y en vez de las pisadas del caballo que

esperaba oír, la solemne quietud de la noche fué bien pronto turbada por los más extraños rumores.

Era una explosión continua, sorda como de tempestad lejana; llegaban otros ruidos semejantes á los bramidos de un mar tormentoso. A veces, también, aunque el aire estaba en calma, el viajero creía oír el mugido de los vientos desencadenados; y roncós aullidos se mezclaban á sus extrañas notas. Presa de un terror indescribible, escuchaba estos silbidos del viento, esas fúnebres voces, aquellos rumores de tempestad. Al fin el cansancio triunfó sobre la inquietud; y se durmió con sueño de piedra.